

Hay que partir de la base de que ni aún hoy están claramente definidos los límites que separan lo meramente erótico de lo pornográfico. En muchos casos se trata más bien de una apreciación subjetiva, de una actitud del lector ante el producto literario, derivada de su medio cultural y de la educación recibida. Según D.H. Lawrence, «lo que estos términos significan⁴⁷ dependen totalmente —como ocurre por lo general— de la peculiaridad de cada individuo. Lo que para unos es pornografía, para otros no es más que la carcajada del genio».⁴⁸ Una actitud prudente ante el tema es la que el gran poeta y crítico Octavio Paz mantiene: «Me resigno a la imprecisión y acepto, sin saber a ciencia cierta qué es y qué significa realmente, la existencia de una literatura erótica».⁴⁹

La aproximación más correcta a la cuestión creemos que se encuentra en un ensayo prologal a dos escritos de Lawrence y Miller sobre el tema, obra de Aldo Pellegrini.

Recapitulando ideas de ambos novelistas, el crítico aclara los términos de obsceno y pornográfico frente a lo erótico: «La pornografía, escribe, pretende actuar como excitante sexual y se desenvuelve especialmente en el plano privado. Es en realidad un acto de sucia provocación sexual, y se dice que lesiona u ofende al pudor».⁵⁰ Por el contrario, «el erotismo está ligado siempre al amor y como antagonista de la obscenidad y la pornografía se presenta asociado a la belleza. Un falso erotismo sin amor constituye la base de la pornografía y se presenta asociado a la fealdad».⁵¹ Posteriormente Lawrence, experto conocedor de la materia, añade un detalle interesante: «Debo considerarse que una obra artística es pornográfica cuando trata de despertar deseos o sensaciones sexuales»,⁵² con lo que pone el acento sobre la intencionalidad del artista, viejo problema difícil de solucionar.

Bosquejada a grandes rasgos la diferencia entre ambos conceptos, recordemos que «El Caballero Audaz» ha sido tildado de pornógrafo por críticos competentes. Para Nora, el novelista «combina en proporciones variables la pornografía también grosera y el folletón sentimental o espectacular»;⁵³ para Granjel «representa la transición de la novela erótica a la literatura abiertamente pornográfica, lo que acaece al iniciarse la tercera década del siglo»,⁵⁴ e insiste en que, conforme avanzaba su producción novelística, iba «intensificando el ingrediente puramente pornográfico del género».⁵⁵

Sin embargo, Carretero no sufrió, que sepamos, ningún proceso por publicación de escritos pornográficos y ofensivos a la moral pública, como ocurrió con cierta frecuencia a novelistas de tendencia erótica parecida. En este sentido, pensemos en Álvaro Reta-

⁴⁷ Lawrence se refiere especialmente a pornografía y obscenidad.

⁴⁸ D.H. Lawrence, «Pornografía y obscenidad», en D.H. Lawrence y Henry Miller, *Pornografía y obscenidad*, Barcelona, Argonauta, 1981, p. 41.

⁴⁹ Octavio Paz, «Le con d'Irène», In/mediaciones, Barcelona, Seix Barral, 1979, p. 143.

⁵⁰ Aldo Pellegrini, «Lo erótico como sagrado», en D.H. Lawrence y Henry Miller, *Pornografía y obscenidad*, op. cit., p. 12.

⁵¹ *Ibíd.*, p. 13.

⁵² D.H. Lawrence, «Pornografía y obscenidad», art. cit., p. 47.

⁵³ Eugenio G. de Nora, *La novela española contemporánea*, Madrid, Gredos, 1973, tomo I, p. 422.

⁵⁴ Luis S. Granjel, *Eduardo Zamacois y la novela corta*, op. cit., p. 87.

⁵⁵ *Ibíd.*, p. 115.

na, Artemio Precioso o los secuestros de *AMDG*, de Pérez de Ayala, o *La hija del capitán*, de Valle-Inclán, aunque en estos últimos casos las razones eran diferentes a las meramente eróticas. Hay que tener en cuenta que, coincidiendo con el aumento del elemento erotizante en la narrativa, hay un recrudecimiento de la censura gubernamental azuzada un poco por críticos y pensadores de tendencia conservadora.

Ya en fecha tan temprana como 1910 Azorín, el antaño revolucionario Azorín, escribe un artículo denostando a los novelistas que cultivan el erotismo en sus narraciones y oponiendo su generación a la de aquéllos: «La nueva generación de escritores españoles está completa y desenfrenadamente entregada al más bajo y violento erotismo».⁵⁶ También Unamuno y Ortega eran de la misma opinión; Ramiro de Maeztu propone la creación de una *Liga Antipornográfica* y en la Biblioteca Nacional se prohíbe la lectura de ciertos autores eróticos.⁵⁷

Pero sería hacia 1920, coincidiendo curiosamente con la aparición de *La bien pagada*, cuando se produzca una intensificación del proceso que un grupo de intelectuales sigue contra la pornografía. Ramiro de Maeztu, en un artículo publicado en *El Sol*, se queja del incremento del fenómeno y similar indignación se aprecia en una carta del editor Rafael Calleja, aparecida en el mismo diario. Incluso en periódicos de provincias, como *La Atalaya*, de Santander, se hacen eco de la cuestión. José de Ciria y Escalante, a quien Lorca dedicaría un magnífico soneto elegíaco, escribe: «Es verdaderamente vergonzoso el espectáculo del escaparate de nuestras librerías. No es suficiente la prometedora oferta del título, en que despliega todos sus artificios y matices la gama de la tercera literatura más repugnante y deshonestas: *La bien pagada*, *En carne viva*, *La vampiresa*, *La deseada*, *El pecado*, *La feria de las pasiones*, *Los andróginos...*»⁵⁸ El periodista propone la creación de una censura de literatos: «El criterio del Ministro de la Gobernación es el de someter la literatura dudosa a la censura de literatos.

Nos parece mucho mejor, desde luego, que dejarla al arbitrio de cualquier autoridad oficial incompetente».⁵⁹ Subrayemos que el primer título que menciona Ciria corresponde a la novela de «El Caballero Audaz».

La implantación de la censura hizo que algunos escritores se vieran envueltos en largos procesos; procesos que alguna vez dieron más notoriedad a sus obras, pero que en otras ocasiones provocó su desgracia e incluso el exilio. Así ocurre, por ejemplo, con Álvaro Retana y Artemio Precioso.

El proceso contra Retana se desencadenó a raíz de la publicación en *La Novela de Hoy* de un relato titulado *El tonto* y tuvo como resultado la estancia del escritor en la cárcel durante algún tiempo. Sin embargo, el novelista parece jactarse de ello: «He sido, pues, el primer novelista del mundo que ha ingresado en la cárcel acusado de

⁵⁶ El artículo apareció en ABC, el 19 de marzo de 1910. Citado por L. Fernández Cifuentes, *Teoría y mercado de la novela en España: del 98 a la República*, op. cit., pp. 90-91.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 91.

⁵⁸ El artículo, titulado «Literatura pornográfica», se publicó el 23 de junio de 1921 en *La Atalaya*; aparece recogido en Leopoldo Rodríguez Alcalde, José de Ciria y Escalante, *Santander, Librería Moderna*, 1950; la cita corresponde a las pp. 87-88.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 89.

voluptuoso [...] no me negará usted que el caso es vergonzoso. Un literato, por atrevido que sea, justificará el menosprecio de la crítica y la persecución de la Policía, pero nunca una sanción penal».⁶⁰ Y añade: «También han sido procesados Emilio Carrère, Artemio Precioso, Vidal y Planas, Valero Martín, Díaz de Tejada y otros eminentes autores».⁶¹ En el caso de Retana, el hecho dio publicidad a su obra y, en consecuencia, se acrecentaron las ventas, de tal manera que en números sucesivos de la misma publicación se señala el relato causante del problema con una coletilla: «*El tonto* (origen del proceso y encarcelamiento del autor)»,⁶² lo que no es más que una forma de promocionar el producto, y además se añade que «la próxima novela de Álvaro Retana se titulará *A la sombra del «Abanico»* (*Intimidades pintorescas de la Cárcel Modelo*).⁶³ A pesar de todo, la novelita costó a su autor «cinco meses de arresto, mil pesetas de multa y once años de inhabilitación para ejercer cargos públicos».⁶⁴

No tan risueñamente terminaron los pleitos de Artemio Precioso con la justicia por motivos similares. Este personaje terminó en el exilio francés, como ya hemos apuntado, y su silueta se oculta entre las más negras sombras del olvido.⁶⁵

Carretero supo evitar estos problemas, sin que creamos por ello que sus novelas sean distintas o menos eróticas. Pensamos que sus relatos no tienen como fin único e inmediato la excitación sexual, ni tampoco la ofensa del pudor, aunque en determinados momentos puede descubrirse en ellos cierta intención de provocar el deseo. Pero se trata más bien de una tenue sugerencia que de una expresión clara y soez de aspectos sexuales. Los momentos más erotizados, como el de la entrega de Carola a Carlos en *La bien pagada*,⁶⁶ resultan incluso ingenuos para un lector actual. Ciertamente es que los parámetros actuales no son los mismos que los de la época de «El Caballero Audaz», pero hay que pensar que también en aquel período se tenía conocimiento de autores que merecen más que nuestro novelista el apelativo de pornógrafo. Baste mencionar entre los decadentes a Pierre Louys o al más clásico Marqués de Sade, bastante conocidos en la época, o a cualquiera de los autores que componen la «Biblioteca de López Barbadiello y sus amigos», coetánea en su publicación de las novelas del escritor montillano. Un cotejo superficial pone de relieve la amplia distancia que existe entre cualquiera de los mencionados y las dulzonas y pretendidamente escabrosas historias de Carretero.

⁶⁰ *Declaraciones del autor aparecidas en Álvaro Retana, La máscara de bronce, La Novela de Hoy, núm. 231, Madrid, Sáez Hermanos, 1926, p. 4.*

⁶¹ *Ibíd.*

⁶² *Ibíd.*, p. 63.

⁶³ *Ibíd.*

⁶⁴ Santiago Ibero, Álvaro Retana, «El Petronio del siglo XX», *Barcelona, Biblioteca Films, 1926, p. 23.*

⁶⁵ Cfr. Louis Urrutia, «*Les collections populaires de romans et nouvelles (1907-1936)*», *art. cit.*, p. 148.

⁶⁶ «*Apenas hubo esa lucha breve de la mujer honesta que se siente profanada. Ella, en delicioso abandono, se dejó colocar boca arriba, como una estatua o una muerta de amor... Despojada del sombrero, triunfó sobre el mullido tapiz verde de la pradera, su magnífico cabello de ébano, que coronaba, como un airón de luto, su pálido rostro moreno inmaculado y terso a la débil luminaria crepuscular... Quiso hablar, protestar, y no pudo; ahogábale la voz en la garganta una congoja dulcísima que, llegándole hasta el pecho, la abrasaba, sofocándola de placer bajo los besos voraces del varón; sintió estremecida sus entrañas al avance viril, y ya se trocaron en suspiros las palabras, en sollozos y quejas y triunfos de locura y de vértigo, las almas...*», «*El Caballero Audaz*», *La bien pagada, Madrid, 1920, pp. 113-114.*

Claro que, insistimos, depende del lector y de su grado de formación para considerar o no pornográfico a determinado autor. Desde nuestro punto de vista, pensamos que, para el lector medio actual, aunque «El Caballero Audaz» pretendiera una provocación erótica, casi nunca llegaría a conseguirla.

Posiblemente no estaría de más una revisión en este momento de los valores literarios de «El Caballero Audaz», una relectura de su obra. Si la historia literaria no gana nada con el caso curioso de este escritor, famoso durante su vida y completamente olvidado en la actualidad, quizás aprendiéramos algo sobre los gustos y la psicología de un sector importante del público en nuestro pasado inmediato. Quizá todo ello no serviría para nada; sin embargo, tendría la sugestión, el acentuado encanto de las aventuras frustradas.

Antonio Cruz Casado